

Monferrer-Sala, Juan Pedro, *Apocalipsis del Pseudo Atanasio [ApPsAt(ar)II]*. Edición, traducción anotada y estudio, col. Barcino-Monographica Orientalia, 4 (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2016), 221 pp. ISBN: 978-84-475-3967-3.

Una de las cosas que un historiador puede —y debe— pedir a la edición y traducción de una fuente, es que sea útil. Y ésta lo es. Se trata de un texto apocalíptico copto, el del Pseudo Atanasio, escrito en árabe, perteneciente a la segunda familia [ApPsAt(ar)<sup>II</sup>], datado a comienzos del siglo VIII d.C., con retoques y añadidos del XI d.C. que se ha conservado en dos manuscritos. Esta labor de fijación del texto y su posterior versión en castellano corre a cargo de Juan Pedro Monferrer-Sala, catedrático de la Universidad de Córdoba y uno de los principales investigadores del mundo cristiano-árabe, de sus lenguas y culturas. Precisamente, es la literatura apocalíptica la que mayores controversias, a la par que interés, ha suscitado por su complejidad, al entremezclarse distintos niveles de lectura.

El libro está estructurado en cinco bloques: 1. Prólogo (pp. 9-11). 2. Introducción (pp. 13-37). 3. Edición y traducción del ApPsAt(ar)<sup>II</sup> (pp. 39-125). 4. Bibliografía (pp. 127-181). 5. Índices (pp. 183-221).

Las dos primeras partes, prólogo e introducción, pretenden ubicar el texto del ApPsAt(ar)<sup>II</sup> en su contexto. Van de lo general a lo más específico. De la “Apocalíptica árabe cristiana en el contexto judeo-cristiano” (pp. 1526) a la “Apocalíptica árabe cristiana en el corazón del islam” (pp. 27-31), para desembocar en el “Apocalipsis del Pseudo Atanasio [ApPsAt(ar)<sup>II</sup>]” (pp. 32-37). Parte de una idea que no está de más recordar: que el texto se originó en un Egipto en el que los coptos se habían arabizado, adoptando la lengua de sus gobernantes, convertida en una *lingua franca* y no sólo de cultura. Un mestizaje frente al cual surge el ApPsAt(ar)<sup>II</sup>, en el cual la carga antiislámica es más que evidente. Este posicionamiento viene determinado por las políticas contrarias a los cristianos adoptadas por los califas.

Nos recuerda Monferrer-Sala que, a pesar de la importancia de la apocalíptica cristiana, son relatos que representan una visión parcial de la realidad vivida por sus autores anónimos, que obedece a una coyuntura temporal y geográfica muy concreta. Apunta que tanto el islam como el cristianismo no son monolíticos, sino que responden a una realidad múltiple en la que caben posturas que hoy calificaríamos de moderadas. Lo interesante del ApPsAt(ar)<sup>II</sup> es su carácter de válvula de escape para las tensiones entre la comunidad copta y las autoridades musulmanas. Los apocalipsis en general y este en particular, fueron el único cauce posible para expresar las críticas al poder político, que de otra forma hubiera sido imposible.

El ApPsAt(ar)<sup>II</sup> pertenece a una tradición literaria que se inicia con la escatología judía en torno al siglo III a.C. y que hereda el cristianismo, especialmente ante los acontecimientos que tuvieron lugar en el siglo VII d.C., cuando el enemigo pasan de ser los persas a los árabes. No obstante, en el zoroastrismo también existe una interesante producción apocalíptica como consecuencia de la invasión/conquista islámica y el final de la dinastía sasánida. Obvia-

mente, también en el islam, en tanto que surge del tronco común judeo-cristiano, tiene sus propios apocalipsis.

En el caso cristiano, el que nos ocupa, la apocalíptica obedece a dos realidades, como pone de relieve Monferrer: la histórica, en tanto que viven bajo un gobierno nuevo y la lingüística, por la pérdida (progresiva) de las lenguas autóctonas —siriaco, griego y copto— y el triunfo del árabe, que forzó la traducción a esta última de todos los textos de que disponían las comunidades cristianas (p. 27). Razón por la cual, el ApPsAt(ar)<sup>II</sup> se sirve de la “lengua del enemigo” para lanzar su mensaje y que al mismo tiempo ayuda a la reconstrucción de la versión copta conocida por dos manuscritos del siglo IX AD incompletos.

El ApPsAt(ar)<sup>II</sup> responde a las características básicas de la tipología apocalíptica, que, como he señalado, se adapta en los detalles a la situación en que vive su autor. Uno de los rasgos principales es su atribución a un personaje destacado del pasado, en este caso, al patriarca Atanasio I de Alejandría (328-373) para darle mayor legitimidad a lo que va a contar. Obviamente, se produce una reelaboración de la Historia con el fin de ensalzar al supuesto autor. Se ve claramente en la explicación que se da en el ApPsAt(ar)<sup>II</sup> del asesinato del que se acusó al patriarca y que motivó una de sus huidas de la sede (pp. 76-81). Se sirve para ello de imágenes sacadas del Antiguo Testamento —en especial del libro de Daniel— y del Nuevo —valiéndose sobre todo del capítulo veinticuatro del Evangelio de Mateo—, pero no serían las únicas. En las páginas de los apocalipsis, se encuentran reminiscencias de la (denostada) mitología grecorromana, como se puede ver en algunos casos en el animalario que se describe. Pero también beben de las polémicas, de las obras en las que se enfrenta la teología cristiana con la islámica, con el fin de poner de relieve la falsedad de una nueva religión que era vista —y así sería hasta el siglo XV— como una herejía.

Por formación —soy historiador— no entraré a valorar la edición árabe del texto, en la que se cotejan los dos manuscritos, el *Vaticano Arabo 158* y el *Paris arabe 153*, con el fin de ofrecer una lectura lo más completa posible del ApPsAt(ar)<sup>II</sup>. Me detendré por tanto en la traducción y su valor para nuestro trabajo. No es sólo disponer de un texto clave para comprender y analizar el contexto ideológico de un grupo determinado, los coptos arabizados, en una coyuntura histórica concreta, que no serviría de nada sin un aparato crítico que ayude a desentrañar sus aspectos fundamentales. En este caso, el profesor Monferrer-Sala explica en nota a pie de página aquellos términos árabes que pueden presentar alguna dificultad para su interpretación, convirtiéndose en una guía estupenda para desentrañar el sentido simbólico y la riqueza de este apocalipsis.

Pero si se hubiera quedado únicamente en el aspecto filológico se habría perdido una parte importante de su sentido, ya que una de las características de este ApPsAt(ar)<sup>II</sup> radica precisamente en su interpretación de los sucesos históricos que han vivido sus autores. Por este motivo es fundamental la labor de identificación de personajes como el armenio musulmán 'Abd Allāh al-Ġamālī al-Mustanşirī (1074-1094), califa del Egipto fatimí (p. 93 n. 135) y de

grupos como los bereberes o los ḥawāriġ (p. 91). A veces no son tan evidentes, y las menciones a hechos o personajes se esconden detrás de códigos propios de la tipología apocalíptica, aludiendo a colores —como el negro para identificar los ‘abbāsīs— o al bestiario. Ahí es donde se aprecia el esfuerzo del traductor, que ha tenido que manejar una enorme cantidad de bibliografía, tanto estudios como otros apocalipsis, en los cuales busca paralelismos, similitudes entre éstos y el texto que está trabajando. Ahí es donde realmente se aprecia la dificultad de esta tarea.

A pesar de que es el ApPsAt(ar)<sup>II</sup> es una obra poco extensa —la edición del texto en árabe ocupa veintiocho páginas—, la cantidad de materias tratadas, de nombres de personas y lugares que aparecen, además de las citas de otras obras que hacen sus autores, hace que sean necesarios varios índices que hacen su manejo mucho más fácil, además de servir como mapa para no perdernos en sus recovecos.

Carlos Martínez Carrasco

Universidad de Granada

Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas